



El duro y afilado perfil del novelista Virgil Gheorghiu asoma bajo el brocado que cubre su rostro, mostrando la inquebrantable y radical decisión adoptada.

LA HORA DECISIVA DE VIRGIL GHEORGHIU



Monseñor Ionescu, que llegó de Nueva York, da a besar su anillo al neófito.



Ya consagrado, el nuevo pope, con la casulla bordada en oro, se dirige al altar.

CUANDO en 1947 Constantin Virgil Gheorghiu llegó a París, poseía por toda fortuna el manuscrito de una novela y una dirección, la de la iglesia ortodoxa rumana de la rue Jean de Beauvais.

Meses más tarde, «La hora veinticinco» era un «best-seller» en Francia, luego en Europa y, por fin, en el mundo entero. No era una novela más sobre la guerra y los campos de concentración, sino el grito desesperado de un escritor que veía tambalearse los cimientos de una tradición, mientras sus contemporáneos permanecían tan tranquilos. Por eso, «La hora veinticinco» fascinó a los lectores, al fustigar violentamente a todos por igual: nazis, rusos, americanos, franceses... Pero también por eso mismo, Virgil Gheorghiu se convirtió en un molesto enemigo para los diversos bandos intelectuales, que le atacaron sin piedad. Desde ese momento, la carrera literaria del escritor rumano exilado se convirtió en una durísima lucha contra el desprecio, el silencio y la incomprensión. La gran prueba por alcanzar la paz y cumplir sus sueños comenzaba entonces.

El largo viaje a través de la noche ha terminado el día de la Ascensión ante monseñor Ionescu, obispo de la Iglesia rumana de Occidente, venido especialmente de Nueva York a petición del escritor, que con una docena de amigos íntimos como testigos se ha ordenado pope, igual que lo fuera su padre, igual que él mismo lo soñara de joven...

Quizá ahora olvide su carrera literaria tan discutida, que le condujo al exilio, como la ha olvidado mientras, pacientemente, se hacía iniciar por el pope Vassil en los rituales de la Iglesia ortodoxa y sus significados simbólicos. Y ahora ya, el pope Gheorghiu tiene un nuevo y trascendental deber en su vida.



(Fotos EUROPRESS)

Antes de la ceremonia de ordenación, el futuro pope, vestido de blanco, debe cubrir su rostro a su entrada en el templo.